

**HAY UN
NIÑO
FUERA DE MI
ARMARIO**

ANABEL BOTELLA

ILUSTRACIONES DE ALBERTO SASTRE



DiQueSí



PRÓLOGO

No hay día que mi madre no me diga que soy un poco “despistada” y que hago las cosas “a tontas y a locas”. Y la verdad, no me da igual, porque a veces me molesta que me repita que no tengo cabeza. Sé que lo que estoy a punto de hacer puede parecer una temeridad, pero llevo muchos días practicando, y siempre cuando mi madre no me ve. A veces no entiende que no puedo evitar ser como soy.

Así que me preparo.

—Y ahora, el más difícil todavía... ¡Prrrrrr... pommmm! —digo mientras imagino que estoy delante de un gran público antes de pasar de una percha a otra—. ¡Guauuuu! —exclamo emocionada, porque es la primera vez que me sale bien este salto mortal.

Bueno, igual no es un salto mortal, pero ya me gustaría a mí verte a ti realizar esta acrobacia con solo noventa y dos meses. A mi madre no le gusta que juegue entre las perchas de mi armario, y menos recién levantada. Por suerte, ella sigue durmiendo y yo aprovecho esa circunstancia.

De la misma emoción, doy otros dos saltos tan perfectos como el primero, y vuelvo a dar unos cuantos más. Quiero enseñárselos a Cristal y a Leyo, mis dos hermanos mayores, en cuanto se despierten. Ellos siempre presumen delante de mí porque saben hacer cosas muy difíciles, y ahora tengo la oportunidad de demostrarles que yo también puedo sorprenderles con algo que ellos no

saben hacer. Estoy deseando verles la cara, se van a quedar pasmados.

Por cierto, soy Minerva Lila. Minerva, como la diosa de la sabiduría romana, y Lila, porque en mi familia todos somos de este color. Vivo en el mejor sitio que nadie podría imaginar: un armario lleno de perchas y ropa colgada. Además, tiene un estante con jerséis bien doblados. Sí, es cierto, sé que tener un armario así de ordenado es el sueño de cualquiera. Y lo sé porque mi hermana tiene una amiga que vive en uno con la ropa hecha gurruchos y que huele a pies. ¡Puaj! No podría imaginarme vivir en un sitio así.

Mi familia es muy cuidadosa en ese aspecto, y siempre ha vivido dentro de armarios bien ordenados que huelen a lavanda o a limón desde hace cientos y cientos de meses.

Mi padre es el gran Carolo Lila, famoso por sus dulces. Le gusta pasar el día en los armarios que hay en la cocina y trabaja preparando los mejores pasteles del mundo. Nuestra pastelería, Dulcesina, es muy cono-

cida en nuestra comunidad. En cambio, a mi madre, Ballarina Lila, le gusta estar en el jardín, dentro de una caseta de herramientas. Se encarga de arreglar todos los desperfectos que encuentra a su paso. No se le resiste nada y repara todo lo que se le ponga por delante.

A mi hermana Cristal, cuando no está en el colegio superior o hablando con sus amigas, la puedes encontrar en los muebles del cuarto de baño, perdida en algún neceser de maquillaje. Dice que quiere seguir los pasos de mi tía Odisea, a quien se le da muy bien la moda. Odisea hace unos vestidos maravillosos.

Y por último está Leyo, que prefiere quedarse en la esquina de la pata de un mueble que hay en la terraza, porque sabe que allí nadie lo va a molestar. Me ha contado que hay tantas pelusas que una vez mi madre lo confundió con una de ellas. Se pasa el día leyendo cómics o libros sobre piratas, y de mayor quiere ser profesor, aunque no des-

carta surcar todos los mares cuando acabe el colegio superior.

¡Quién sabe si su sueño se cumplirá!

Yo aún no lo tengo claro. Es un poco pronto para pensar en lo que quiero ser cuando crezca. Me encanta bailar, cantar, hacer saltos mortales y comer los pasteles que prepara mi padre. Aunque, claro, si trabajo con mi padre y me como todos los pasteles, menudo negocio iba a hacer. También me gusta imaginarme historias y escribirlas. Tanto Cristal como Leyo dicen que lo hago muy bien, y todas las mañanas, antes de dormirnos, me piden que les cuente un cuento.

Quizá sea esto lo que más me gusta hacer, porque dejo volar mi imaginación, y cuando están con la guardia baja, les pego unos sustos que se quedan horas sin pestañear. Y para darle más autenticidad, a veces imito el ulular de una lechuza, el croar de una rana o el quejido de un árbol. Recuerdo el día que me inventé el engendro más feo que puedas

imaginar. Tenía garras en vez de manos y pies, escamas por todo el cuerpo, una boca llena de colmillos, dos pares de ojos y era todo verde. Te preguntarás qué tiene de especial este color: muy sencillo, todos los engendros malvados son verdes. No lo digo yo, lo dicen los libros que he leído. Y, además, para dar algo más de miedo me inventé que tenía un olfato tan desarrollado que podía reconocer su comida favorita de un armario a otro. Mis hermanos se pasaron varios días sin dormir, porque les hice creer que existía de verdad, y le eché la culpa a Luervo, que es el nombre que me inventé para este engendro, de las cosas que desaparecían de sus armarios.

Ser escritora estaría bien, así tú también podrías leer lo que escribo. Aunque ya te aviso: a mí lo que me gusta son las historias de miedo y de misterio, nada de esas novelas románticas que le interesan tanto a Cristal, donde al final se dan besos. ¡Puaj!

Todas las noches, antes de que salga la luna, desayunamos juntos en familia. A mí

me gustan mucho las tartas de manzanas y las de cereza con chocolate, pero sobre todo me encantan las calabazas asadas. Mi padre se empeña en que coma también fruta, verdura y cereales. Se pone de un pesado con ese tema... Y Cristal está encantada con eso de que en nuestra mesa todos los días haya verduras, porque dice que es un gran paso para salvar el planeta. En cualquier momento puede que le salga rabo y se convierta en vaca. No me extrañaría ver cómo pasta en un prado.

Esta noche estoy muy contenta, porque es mi cumpleaños más especial de todos cuantos he vivido, y eso que he vivido unos cuantos. Hoy es mi primer día en la escuela media, ya he acabado mis estudios en la inferior. O sea, allí me enseñaron a leer, escribir y a manejarme con los números. Fue divertido, pero sé que ahora viene lo bueno, porque en la escuela media me enseñarán a asustar y a dar miedo de verdad.

En cualquier momento va a venir mi madre a despertarme. Así que volveré a acostarme

para que piense que sigo dormida. Ya viene... La oigo llegar... Estoy un poco nerviosa.

Aunque ya estoy vestida, me tapo hasta la nariz con el cuello de una camiseta de algodón que huele muy bien. Entonces me doy cuenta de que no es ella quien está a punto de abrir mi armario: el ruido que escucho no procede de nuestros túneles. Y, como si estuviera dentro de uno de los cuentos que imagino, la puerta comienza a chirriar igual que los dientes de un engendro que está a punto de engullirme.

Intento cambiar de color y pasar de lila a negro, tal y como me ha enseñado mi padre, pero aún no controlo muy bien lo de dar miedo y asustar.

Es alguien que no conozco.

La puerta se abre del todo.

La luz que entra me deslumbra y yo me tapo mi ojo central con una mano.

Ahogo un grito para que no me escuche.

—Mamá, ¿has visto...? —Se me queda mirando fijamente—. ¿Y tú quién eres? —me

pregunta con voz aguda el ser más feo que he visto en mi vida.

Y no es un engendro. Es peor todavía.

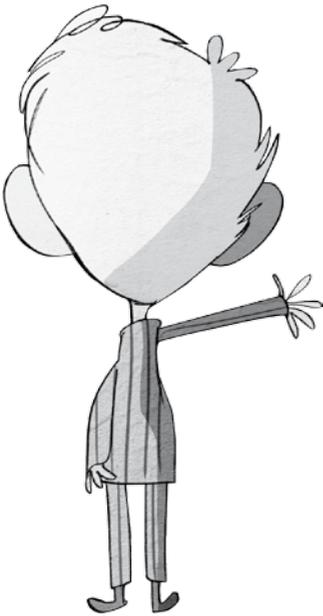
Bueno, puede que no sea tan feo como Luervo.

Abro dos de mis dedos, pero sin apartar la mano de mi cara, y lo observo con asombro.

Estudio sus dos ojos azules, su boca pequeña y su nariz respingona. Sobre su cabeza tiene algo parecido al césped, aunque es de color amarillo. Puede que sea paja o hilos de oro, no estoy muy segura. Parece un gigante, o uno de esos seres extraños que he podido ojear en mis libros, y te puedo asegurar que esta no es una de esas historias que les cuento a mis hermanos, qué más quisiera...

Creo... Creo...

Creo que hay un niño fuera de mi armario.





Me ha descubierto y ahora no puedo esconderme. No entiendo por qué no he cambiado de color. ¿Y por qué no se ha asustado? ¡Qué raros son los humanos!

Es la primera vez que veo a un niño al natural y no dibujado en un libro. Y creo que es un niño porque no tiene bigote, ni barba, y ha llamado a su madre. Nunca me lo habría imaginado así, la verdad. Siempre me han dicho que eran muy altos, pero no esperaba que lo fueran tanto. Comparada con él, yo

soy más o menos del tamaño de su cabeza. También sabía que eran feos, aunque ahora que lo observo con más detenimiento veo que tampoco es para tanto.

Ya te digo, Luervo, ese engendro que me inventé para mis hermanos, es mucho, pero que mucho más feo. Está claro que no es tan guapo como yo, pero no se lo voy a decir porque tampoco quiero herir su sensibilidad.

—¿Quién eres? —pregunta otra vez. Y yo vuelvo a sorprenderme, ahora porque le entiendo perfectamente. Pensaba que los niños solo lanzaban gritos, llantos y berridos y que únicamente hablaban los adultos—. ¿Se puede saber qué haces en *mi* armario?

¡Eso sí que tiene gracia! Aunque su tono indica que al que no le hace ninguna gracia es a él. ¡Qué morro más grande tiene este niño! Dice que es *su* armario. ¿Cómo se atreve a decir que es *suyo* cuando los que vivimos en ellos somos nosotros? Es *nuestra* casa. De eso no me cabe ninguna duda, suya será la habitación, pero... ¿el armario? El



armario es *mi* casa. Me apuesto una de mis cuatro manos a que yo lo encontré antes que él.

Deseo que se vaya de una vez y me deje en paz. Hoy es un día importante y no quiero que nada me lo estropee, así que lo único que se me ocurre es intentar asustarlo otra vez. Además, casi prefiero darle miedo yo a que lo haga mi madre. No sé si es algo de las madres, pero todas las que conozco tienen un genio terrible cuando se enfadan. Y puede que la mía sea la que más asusta de todas.

De verdad te lo digo, no imaginas cómo se las gasta. Tengo que decir que solo la he visto enfadada dos veces en mi vida, pero son más que suficientes. El resto del tiempo suele ser muy cariñosa y da los mejores abrazos del mundo. También sabe cuándo me pasa algo y cuándo la necesito a mi lado, tiene un radar para ese tipo de cosas que nunca falla. Por eso, y por muchas otras cosas, es la mejor en todo lo que se proponga.

Salgo por el cuello de la camiseta de algodón, me acerco hasta la puerta y abro bien mi boca para soltar un alarido que resuena por todo el armario.

—¡Búúúúú! —A la vez que grito, alzo los brazos por encima de mi cabeza.

Y me asusto hasta yo, porque es el mayor grito que he pegado en mi vida. Podría decir incluso que es terrorífico, lo suficiente como para que ese niño se caiga de espaldas y no vuelva a molestarme más. Mis padres estarían orgullosos de mí. Sería mucho más efectivo si además hubiera cambiado a color negro, pero es un *rollo repollo* que aún no controle este tema.

Aun así, sospecho que lo he atemorizado, porque da un paso hacia atrás.

—¿Te llamas Búúúúú?

Confieso que la pregunta me pilla un poco por sorpresa, no esperaba esa respuesta por su parte. Está claro que este niño no tiene intención de marcharse, que es un preguntón y que no tiene ni idea de nombres

bonitos. Además, se ha arrodillado frente a mí y se está acercando...

—¿Búúúúú? ¿Pero cómo voy a llamarme Búúúúú? —Este niño no se entera—. Ese es un nombre ridículo, solo intentaba asustarte.

Me siento en el borde del armario y ahora soy yo la que me acerco para estudiarle un poco mejor. Aunque soy mucho más pequeña que él, su boca es igual de grande que la mía cuando la abro para asustar, y además tiene muchos menos dientes que yo. ¡Ja!

—¿Crees que puedes asustarme por gritar Búúúúú? —Me imita, alza sus brazos por encima de su cabeza y suelta algo parecido a un aullido, aunque no tan fuerte como el mío—. Hace falta algo más que un gritito para que me acobarde. —Se acerca un poco más a mí—. Tendrías que ser mucho más grande, y quizá de otro color.

Ya, sé a qué se refiere. El lila no da miedo a nadie. Por eso, cuando queremos asustar a un humano, doblamos nuestro tamaño y nos volvemos lo más oscuros que podemos.

—Pensaba que un buen grito era suficiente para asustarte. A mis hermanos suele funcionarles cuando se encuentran con un niño.

—Ya ves que no.

—Entonces, ¿no le tienes miedo a nada?

—pregunto extrañada.

Él niega con la cabeza.

—Eso no me lo creo. Todo el mundo le tiene miedo a algo. A las arañas, a los perros, a la luz...

—¿A la luz? —pregunta con extrañeza.

—Sí, a nosotros nos molesta la luz. No es que le tenga miedo, pero prefiero que no haya luz. Nos encanta la oscuridad.

—¡Ah! —Se encoge de hombros, mira a ambos lados y asiente con la cabeza—. No sé si es miedo, pero creo que no me va a gustar dormir solo.

—¿Y cómo sabes que no te gusta si no lo has probado? Yo duermo sola en este armario y me encanta.

Suelta un bufido y se rasca la cabeza. Ahora que lo tengo tan cerca me doy cuenta de

que lo que tiene sobre la cabeza no es paja, ni tampoco césped amarillo.

—Hasta ayer dormía en la habitación de mi hermana, pero desde que hemos venido de vacaciones, ella ha decidido que prefiere estar sola ahora que empieza el instituto —sigue hablando—. Y es un rollo, porque a mí me gustaba mucho meterme en su cama y leer juntos. Nos lo pasábamos genial, aunque a veces me hace rabiar.

—Cristal, mi hermana mayor, también me hace rabiar. —Me doy cuenta de que es igual que la mía.

—¿Sabes? Ahora que Martina ya no va al colegio prefiere que no entre en su cuarto, porque dice que soy un mocoso. Se pasa el día mirándose en el espejo y probando los pintalabios de mi madre. Se cree que no me entero, pero sé que los esconde para pintarse cuando queda con sus amigos.

Abro mi ojo central de par en par, porque puede que Martina no sea la única culpable de que desaparezcan los pintalabios de su

madre. Entonces me doy cuenta de que este niño y yo tenemos más de una cosa en común. Miro a ambos lados, no quiero que mi familia me escuche. Mis padres dicen que debemos evitar a los humanos porque son unos liantes y unos mentirosos.

—Tu hermana se parece a la mía. Le gusta mucho maquillarse y poner caras tontas delante del espejo. —Imito los gestos que hace Cristal y lo absurda que me parece—. ¿Tu hermana también hace eso?

El niño también abre sus ojos como platos cuando le revelo este secreto y después suelta una carcajada. Y a mí también me da por reír, porque su risa es contagiosa y porque estoy segura de que Martina también lo hace.

—Está ridícula cuando pone morritos.

—¡A que sí! Igual que la mía.

No sé muy bien qué pensar de este niño. No se parece nada a lo que me han contado de los humanos. Además, alguien que me hace reír hasta que me duele la barriga no

puede ser un liante, y creo que podemos ser amigos. No lo digo yo, es mi madre quien asegura que los que te hacen reír y son divertidos, merecen la pena.

—Pero ¿qué llevas puesto? —pregunta con gesto de extrañeza. Su cara es de sorpresa total, pero no aprecio burla en su voz, como suelen hacer los humanos que aparecen en nuestros libros—. ¡Si es el tutú rosa de la muñeca de mi hermana! Y debajo llevas un vestido azul de una de las mías. Incluso tienes una media de cada color y te has puesto tres collares.

—Estoy estupenda, ¿verdad? —Le ofrezco la mejor de mis sonrisas porque estoy segura de que está asombrado por mi estilazo.

Quiero deslumbrar a mis nuevos compañeros en mi primer día de colegio. Es importante causar buena impresión, y cuantos más colores brillantes lleves encima, mucho mejor. Cristal sabe mucho de todo esto, porque es muy popular y porque tiene muy buen gusto para vestirse.

—Lo ha elegido mi hermana —digo con orgullo—. Ella es una experta en estos temas.

—No sabría decirte...

—Lo dicho, que no entiendes de moda.

—Oye, ¿tú no le tienes miedo a nada?

No sé si quiero que lo sepa, pero ya que él se ha sincerado conmigo, decido responderle.

—Tengo miedo a comer muchas verduras y transformarme en un engendro verde como Luervo, con garras en vez de manos y pies y con el cuerpo lleno de escamas. Una vez leí que eso podía pasar.

Y suelta una carcajada.

—Eso no es posible. Esas cosas solo ocurren en los libros.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque las verduras no te dan ese tipo de superpoderes. Que yo sepa, tienen muchas vitaminas y son ricas en minerales. Son importantes para la vista, para la piel y algunas cosas más. Además, si fuera así, mi madre y Martina, que son vegetarianas,

se habrían transformado hace tiempo en eso que tú dices. Y no, de momento siguen siendo las mismas. Eso sí, mi hermana está un poco más boba, aunque no creo que sea por las verduras.

Aun así, yo no me fío mucho.

—¿Tu madre y tu hermana comen verdura porque les gusta? No lo entiendo. Mi hermana es igual.

—¿Te lo puedes creer?

Volvemos a tener algo en común. Y entonces señala hacia mi cabeza.

—¿Y qué es eso que tienes ahí arriba? ¿Son antenas?

Me llevo una mano a uno de mis dos tentáculos, donde tengo mis otros dos ojos. Los giro y después los alargo, para ponerme a la altura de su cara.

—¿Te refieres a mis otros dos ojos? —Parpadeo y vuelvo a encoger mis tentáculos—. Estas prolongaciones sirven para tener una visión periférica de todo cuanto nos rodea. Y también para ver en la oscuridad. ¿No es

fantástico? Tengo tres ojos, uno central en la cara y uno en cada tentáculo.

—Por si nadie te lo ha dicho, eres un poco rara.

Ahogo un bufido de indignación al tiempo que niego con la cabeza. Todo el mundo sabe que los raros son ellos, porque no pueden ver en la oscuridad y porque solo tienen dos brazos. Y los más extraños son los niños, unos gritones humanos que no dejan de hacer ruido.

—¿Que yo soy rara? ¿Y me lo dices tú, que solo tienes dos ojos y una boca pequeña y esas hebras de oro en la cabeza?

Suelto una carcajada, pero esta vez solo me río yo, porque parece que a él no le hace nada de gracia.

—Se llama pelo. —Se lo toca—. Y a mí me gusta ser como soy.

—A mí también me gusta ser así. Y para que te enteres, aquí el raro eres tú, aunque a ti no te gusten las verduras y a mí tampoco.

—¿Y tú dices que das miedo? Lo que das es risa.

—Y tú eres... eres... —No sé qué cosa horrible decirle, así que me quedo callada.

Ambos nos cruzamos de brazos, y él me cierra la puerta con rabia. Menos mal que soy ágil y pego un salto para que no me dé en los tentáculos. Entiendo entonces por qué los monstruos y los niños no podemos ser amigos, aquí tengo que dar la razón a mis padres. Esos minihumanos se creen los dueños de todos los armarios y se enfadan si no les sigues la corriente.

No quiero saber nunca más de ningún niño, es posible que la próxima vez que me lo encuentre no sea tan simpática con él. Y puede que para entonces me transforme en un gran monstruo que dé mucho miedo.